

esta noche las cartas, y casi lo es ya, que lo he sido ¹ con el obispo de Osma ², para que trate con el presidente y con el padre Mariano lo que le escribí, y dije enviase á vuestra paternidad. Ahora he estado con mi hermano ³, y se le encomienda mucho.

¹ El *lo* se refiere á *larga en escribir*; es decir: «que he sido larga en escribir al Obispo». La autora pensaba haber puesto antes: *yo quisiera ser más larga en vez de quisiera escribir más largo*.

² El Obispo de Osma Don Alonso Vázquez, confesor de la Santa en Toledo.

³ Don Lorenzo de Cepeda.

FRAY LUIS DE LEÓN (1527-1591)

Los dos primeros libros de los *Nombres de Cristo* se imprimieron en 1583, los tres completos en 1585. *La Perfecta casada* en 1586.

Como se ha visto, la prosa castellana contaba ya en el último tercio del siglo xvi con muy notables cultivadores.

Fray Luis de León consideraba, sin embargo, que el idioma no había logrado aún el cultivo esmerado y profundo de que era digno. Claro es que no podía satisfacerle, aunque lo admiraba, el estilo humilde, sencillo y descuidado de Santa Teresa, pero ya es más chocante que hablando del poco cultivo de la lengua no dedique ni una alabanza, ni un recuerdo á su predecesor Fray Luis de Granada; el estilo de éste era un estilo oratorio que sin duda no contenía al Maestro León, por no encajar dentro del ideal de perfección artística que él perseguía ¹. Así que se consideró á sí mismo más que como innovador, como padre de la prosa literaria, y no le faltaba alguna razón.

El lenguaje de Fray Luis de Granada tenía solemnidad, elevación y valentía; pero por estar aún el idioma poco diestro en la expresión de razonamientos y pensamientos abstractos, no halla muchas veces los recursos delicados de la construcción gramatical, y tiene algo de desmañado y flojo. Por esto Fray Luis de León encontró que el castellano encerraba tesoros aún no hallados de cadencia, proporción, asiento y armonía.

¹ Véase la nota 1 de la pág. 72.

Granada se esforzó en trabajar la frase, considerándola como un silogismo, como un razonamiento ó un apóstrofe; León le dedicó su cuidado mirándola más especialmente como una obra de arte. Los tratados del uno son como sermones puestos por escrito, los del otro como poesías redactadas en prosa ¹. El uno es más elocuente, el otro más poeta; el uno es, en suma, orador y el otro escritor.

Fray Luis de León nos declara que su arte era en todo reflexivo y meditado; arte de selección cuidadosa de palabras y hasta de letras; arte de cálculo y medida en la disposición de frases; arte en todo diestro, esmerado y primoroso, que nos ofrece la lengua castellana ataviada con todos los elementos poéticos y musicales de que es capaz y levantada á la altura de las lenguas clásicas.

El mismo declara también que su empeño principal fué poner en el habla del vulgo número, abundancia, entonación y armonía. Sin embargo, á veces usa períodos defectuosos, y esto principalmente por construirlos tan largos que casi se rompe el enlace de su comienzo con su remate ². Además, las conjunciones *porque* y *pues* aparecen encabezando multitud de frases, con el pueril objeto de encadenarlas materialmente á la que antecede, cuando de no ligarlas de otra manera, bastaría que esta trabazón corriera solamente á cargo del pensamiento. En fin, muy pocas veces cae en la tentación de buscar la falsa elegancia, puesta en moda ya desde el siglo xv, de remitir afectadamente el verbo al fin de la proposición (verbi gracia: «con el calor del día y del sueño *encendidos* demasiado y *dañados*,» página 84).

¹ Algunos de sus párrafos tienen el mismo asunto que sus versos, no sabiéndose si son su esbozo y plan ó su comentario y explicación. (Véase pág. 79, nota 1 y pág. 80, nota 2).

² Véase por ejemplo la larga interrogación de la página 82.

NOMBRES DE CRISTO

Introducción al libro III

Declara Fray Luis en qué procuró mejorar el lenguaje de sus escritos sobre el ordinario y familiar.

Mas á los que dicen que no leen aquestos mis libros por estar en romance ¹ y que en latín los leyeron, se les responde que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen lo que, si estuviera en otra, tuvieran por bueno. Y no sé yo de dónde les nace el estar con ella tan mal; que ni ella lo merece ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan más de la suya, por poco que della sepan, como de hecho saben della poquísimo muchos. Y destos son los que dicen que no hablo en romance, porque no hablo desataadamente y sin orden, y porque pongo en las palabras concierto y las escojo y les doy su lugar; porque piensan que hablar romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ² así en lo

¹ Se censuró á Fray Luis por haber escrito en castellano los dos primeros libros de los *Nombres de Cristo*, impresos en 1583, pues, aunque ya habían escrito el P. Avila y el P. Granada, muchos seguían creyendo que un teólogo no debía emplear sino el latín. Fray Luis contestó reimprimiendo la obra en 1585, adicionada con un tercer libro á cuya introducción pertenece el presente extracto.

² Es decir, que no es cosa común á todos los que hablan una lengua, sino que exige particular disposición y estudio. Es antigua en España la creencia de que la lengua propia ni merece ni requiere atención y trabajo; Juan de Valdés se queja de los que con tanta negligencia y tan inmerecido desdén la tratan y Ambrosio de Morales en 1546, decía: *siempre ha quedado nuestra lengua en la miseria y con la pobreza que antes tenia.... que todo nace del gran menosprecio en que nuestros mismos naturales tienen nuestra lengua, por lo cual ni se aficionan á ella, ni se aplican á ayudarla.* (Introducción al *Diálogo de la dignidad del hombre del M. Hernán Pérez de Oliva*, tío de Morales).

que se dice como en la manera como se dice; y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide y las compone, para que, no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que, así como los simples tienen su gusto, así los sabios y los graves y los naturalmente compuestos no se aplican bien á lo que se escribe mal y sin orden; y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es.

Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número, levantándola del descaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, ¹ no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen á tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas, y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes.

¹ Fray Luis, al principio de esta introducción, habla poco menos que como si él fuera el primero en aplicar el castellano á asuntos serios, quejándose de lo mal que usamos de nuestra lengua no la empleando sino en cosas sin ser. No es probable que desconociera los autores citados en la p. 37 y por fuerza habría leído las obras místicas del Beato Juan de Ávila y del Venerable Granada, que andaban ya impresas; sin embargo, á juzgar por las palabras que ahora emplea, parece que no le satisfacían mucho y no las tomaba en consideración.

Libro primero

Dirigiéndose al Obispo de Córdoba, Don Pedro Portocarrero, introduce Fray Luis los personajes que figurarán en el diálogo de la obra, y supone que son tres amigos suyos, de su misma orden de San Agustín.

Era por el mes de Junio, á las vueltas ¹ de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comiezan á cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré á los demás), después de una carrera tan larga, como es la de un año en la vida que allí se vive ², se retiró, como á puerto sabroso, á la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en las riberas del Tórmes ³; y fuéronse con él, por hacerle compañía, y por el mismo respeto, los otros

¹ *Á vueltas de* significa *alrededor de, cerca de*; así fijando después el día en que esto sucedía, dicese que era el de San Pedro, que es en 29 de Junio, cinco días después de San Juan. En esta frase el artículo se usa rarísima vez: *á las vueltas*.

² Cuando el acusativo es de igual raíz que el verbo, exige algún complemento que le especifique, pues de lo contrario sería un acusativo del todo inútil. v. gr.: *vivir una vida fatigosa* (v. BELLO, *Gram.* § 796); aquí se sobreentende *con la vida (tan fatigosa) que allí se vive*.

³ Los nombres de ríos sin artículo, v. pág. 3, n. 2. Los agustinos calzados, que llegaron á Salamanca por los años 1330, fueron los fundadores de este convento. Hoy no existe el edificio antiguo, pues fué bárbaramente destruido por el ejército francés en 1812, y aunque reedificado, se demolió más tarde, ocupando hoy su solar la nueva calle llamada de Oliva.—Este monasterio tenía, para descanso y recreo de los frailes una granja, llamada *la Flecha*, á legua y media de distancia, río arriba, á la vera del camino de Salamanca á Madrid. (V. M. VILLAR y MACÍAS, *Hist. de Salamanca*, I, 453, etc.) La apacible descripción que hace Fray Luis de este paisaje concuerda en todo con la realidad; tal como él lo pinta, se reconocen hoy la casa de los frailes, las cuestas que empiezan á sus espaldas y que

dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino ¹ lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa á la huerta que se hace ² delante della. Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden, mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo, la hora y la sazón.

Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor, y después se sentaron juntos á la sombra de unas parras y junto á la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa á las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropeando, parecía reirse. Tenían también delante de los ojos y cerca dellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes,

si hacia Aldealengua se van insensiblemente suavizando y disminuyendo, prólonganse larguísimo espacio eslabonándose hacia Salamanca; todavía existe la desordenada arboleda que tanto deleitaba la vista del poeta y la risueña fuente que baja desde la cuesta al huerto,

y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
hasta llegar, corriendo se apresura.

En fin, el huerto mismo existe, que tanta inspiración guardaba para el autor de la oda á la *Vida retirada* y que se llama como queda dicho huerta de la *Flecha*.

¹ Destinada al culto está desde antiguo una capilla cerca de la huerta, frente á la aceña de la Flecha y contigua á la casa del molinero.

² *Hacerse* era muy usado con nombres de lugar en el mismo sentido que *extenderse, hallarse*, ó sea « estar situado. »

que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo y la hora muy fresca. Así que, asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó á decir así:

— «Algunos hay á quien la vista del campo los enmudece ¹, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo ó cantar ó hablar.»

— «Bien entiendo por qué lo decís, respondió al punto Marcelo, y no es alteza de entendimiento, como dais á entender por lisonjearme ó por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes que nos predominan y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mí de melancolía ². Mas sepamos, dice, de Juliano ³ (que éste será el nombre del tercero) si es pájaro también ó si es de otro metal.»

— «No soy siempre de uno mismo, respondió Juliano, aunque agora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede agora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza

¹ *Los dice* la edición de Salamanca 1585. Es el acusativo que debe ponerse con propiedad gramatical; pero disuena algo á causa del uso generalísimo del dativo *le* por el acusativo, cuando se trata de personas.

² *Humor de sangre* y *de melancolía* significa temperamento sanguíneo y melancólico ó bilioso.

³ *Sepamos de Juliano si es pájaro*, en vez de *sepamos si Juliano es pájaro*, es un caso de *atracción* del sujeto de la proposición dependiente que se construye con el verbo principal; como en griego y en latín: *rem vides quomodo se habeat* (V. DIEZ, *Gr.* III, 360.)

del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.»

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito y no muy grande. «Aquí, dice, está mi deseo y mi esperanza.»

Marcelo, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo, vuelto á Sabino y riéndose: «No os atormentará mucho el deseo á lo menos, Sabino, pues tan en la mano teneis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.»

—«Si fueren pobres, dijo Sabino, menos causa tendreis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.»

—«¿En qué manera, respondió Marcelo, ó qué parte soy yo para satisfacer á vuestro deseo, ó qué deseo es el que decís?»

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que decía: *De los nombres de Cristo*; y no leyó más, y dijo luego: «Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la Sagrada Escritura, y los lugares de ella adonde es llamado así. Y como le ví, me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento, y por eso dije que mi deseo estaba en este papel; y está en él mi esperanza también, porque, como parece dél, éste es argumento en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua; y así, no podrá decirnos agora lo que suele decir cuando se excusa, si le obligamos á hablar, que le

tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta excusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan á propósito de pláticas semejantes, no nos será dificultoso el rendir á Marcelo, si vos, Juliano, me favoreceis.»

Libro II, capítulo III

Marcelo explicando á sus amigos por qué el nombre de *Príncipe de Paz* es aplicado á Cristo, declara qué cosa es paz.

Calló Marcelo un poco, luego que dijo esto..., y descansando, y como recogíendose ¹ todo en sí mismo por un espacio pequeño, alzó después los ojos al cielo, que ya estaba sembrado de estrellas, y teniéndolos en ellas como enclavados, comenzó á decir así:

«Cuando ² la razón no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender cuán amable cosa sea ³ la paz, esta vista hermosa del cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan dello suficiente

¹ Nótese el uso que tiene el adverbio *como*; *como recogíendose* no afirma que se recogiera sino que todo su aspecto y semejanza era como la del que se recoge; *como enclavados*, semejando enclavados; *como* viene á ser en ambos ejemplos un simple afijo ó partícula prepositiva para denotar mera semejanza con la voz que le sigue, sentido que se ve más claro si el *como* se refiere substantivo: *encontró Don Quijote con dos como clérigos, unos como joyeles*: (véase BELLO, *Gramática* § 1234 y 1236); *estaba como muerto* equivale á *estaba casi-muerto*.

² *Cuando* tiene muchas veces el valor de la frase adverbial *aun cuando*.

³ En las interrogaciones indirectas la proposición secundaria puede llevar su verbo en indicativo (como hoy es lo ordinario) ó en subjuntivo; aquí se diría hoy más bien: *cuán amable cosa es la paz*. En los siglos XVI y XVII era más común el subjuntivo, *dícese qué cosa sea la paz, lo que valga la paz*.

testimonio. Porque ¿qué otra cosa es, sino paz, o ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que agora vemos en el cielo y que con tanto deleite se nos viene ¹ á los ojos? Que ² si la paz es, como San Agustín breve y verdaderamente concluye, una orden sosegada ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden, eso mismo es lo que nos descubre agora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza y como concertado por sus hileras ³, luce hermosísimo, y adonde cada una dellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina ni la turba en su oficio, ni menos, olvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia, antes como hermanadas todas y como mirándose entre sí, y comunicando sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera ⁴ se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus

¹ Venirse á los ojos equivale á saltar á la vista ó presentarse.

² Que, conjunción causal, abreviada de porque.

³ Respecto al *como* repetidas veces usado aquí para denotar no el modo sino la semejanza con ese modo, véase la nota 1.^a de la pág. 77: *como mirándose*, semejando que se miran. *Concertado por sus hileras* se diría simplemente hoy: *concertado por hileras* (ó sea distribuido en hileras), sin el posesivo; éste indica que el concierto les es á las estrellas propio y natural. Es modismo antiguo; Don Alfonso el Sabio dice *habla el Arzobispo por su latín*, es decir: en el latín que usaba siempre al escribir.

⁴ Hoy este *como* que denota semejanza no se suele usar antepuesto á verbos y proposiciones enteras, sino después de verbos que denotan una apreciación ó figuración; es decir, seguido de un *que* enunciativo: *se me figuraba como que querían acercarse aquellos hombres, hace como que no quiere. Como en cierta manera se reverencian*, sería hoy: *parece como que se reverencian*; al fin de este extracto repite este mismo giro: **como en una cierta manera recuerda** = *parece como que recuerda*.

virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera ¹.

«Y si así se puede decir, no sólo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loór que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán excelentes bienes son los que la paz en sí contiene y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregón sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace ², se ve y entiende bien la eficacia suya y lo mucho que las persuade. Porque luego, como convencidas de cuanto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en sí mismas y á poner á cada ³ una de sus partes en orden. Porque si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, veremos que este concierto y orden

¹ Esta admirable descripción recuerda y amplía algunos versos de la Oda XII del mismo autor, «Noche Serena»:

Quién mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales...

² *Lanzar, echar pregón ó voz* se emplean por los simples *pregonar* ó *vocar*. Compárese la concordancia *voz y pregón lanzada* con la que hallamos en la *Introducción al Símbolo de la fe* (pág. 53) y en el *Quijote* (comienzo del extracto de la Parte II, cap. 23).

³ *A cada* se lee en la edición de Salamanca, 1585. Antes se admitían más acusativos con preposición; hoy apenas se le pone á sino cuando el acusativo es nombre de persona determinada, personificación, animal ó nombre propio de lugar, así que se diría á *poner cada una de sus partes*. También se diría con más rigor: *comienzan ellas á pacificarse y á poner sus partes en orden*, pues la acción reflexiva no se refiere para nada á *poner* y sí sólo á *pacificar*, por lo cual no debe agregarse el pronombre reflexivo á *comienzan* que rige lo mismo á *poner* que á *pacificar*.

de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego, y veremos que con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros y las afecciones turbadas que confusamente movían ruido en nuestros pechos de día, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose, se reposan, tomando cada una su asiento, y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en sujeción y concierto.

Y veremos que, así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera se recuerda ¹ de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre todo ². Y así, puesta ella en su trono

¹ Para el giro *como en cierta manera* (véase la nota 4, pág. 78).—*Acordarse y recordarse* tenían, como se ve aquí, una misma construcción y régimen. Hoy se diferencian mucho, pues se dice *acordarse de una cosa* y *recordar una cosa*.

² El alma contemplando la hermosura de la noche estrellada se acuerda de su primer origen que es celestial, se siente como desterrada en este mundo y ve con claridad las alturas del otro. Igual pensamiento expuso en verso el maestro León, y casi con iguales palabras que aquí, salvo que no es el espectáculo de la noche serena el que arroba el alma, sino la sublime música del ciego Francisco Salinas:

Á cuyo son divino
mi alma, que en olvido está sumida,
torna á cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora,
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora,
la belleza caduca engañadora.....

como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico.

«Mas ¿qué digo de nosotros que tenemos razón? Esto insensible y aquesto rudo del mundo, los elementos y la tierra y el aire y los brutos se ponen todos en orden y se quietan luego que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora todas las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellísimo, se componen todas ellas y hacen paz entre sí, vueltas á sus lugares y oficios, y contentas con ellos?

«Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz; y así, donde quiera que la ven la aman. Y no sólo ella, mas la vista de su imagen de ella las enamora y las enciende en codicia de asemejarsele, porque todo se inclina fácil y dulcemente á su bien. Y aun si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de todos, mas sola ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz, y este es el blanco adonde enderezan su intento y el bien á que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader y si corre las mares, es por tener paz con su codicia, que le solicita y guerrea. Y el labrador en el sudor de su cara y rompiendo la tierra busca paz, alejando de sí cuanto puede al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera, el que sigue el deleite y el que

anhela la honra y el que brama por la venganza, y finalmente, todos y todas las cosas buscan la paz en cada una de sus pretensiones. Porque, ó siguen algún bien que les falta, ó huyen algún mal que los enoja.»

LA PERFECTA CASADA

Libro VII.

Comentando el versículo de los *Proverbios*, XXXI, 15: «madrugó y repartió á sus gañanes las raciones», hace Fray Luis una primorosa descripción del alba y encarece las delicias del madrugar.

El madrugar es tan saludable, que la razón sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligación de la casa, había de levantar de la cama en amanesciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno, en que aquello á que nos obliga es lo mismo que más conviene á nuestra naturaleza y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho¹. Así que, no sólo la casa, sino también la salud, pide á la buena mujer que madrugue. Porque cierto es que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la orden que guarda la naturaleza para el bien y conservación de los demás, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres.

Pues ¿quién no ve que á aquella hora despierta el mundo todo junto, y que la luz nueva saliendo,

¹ Esto es, «en que agradece como un servicio lo que debemos hacer por nuestro provecho.»

abre los ojos de los animales todos, y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza (que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquiva y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, ó que, para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene y es provechoso), no rompiera tan presto el velo de las tinieblas que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara, no les diera tanta fuerza para nos despertar? ¹. Porque si no despertase naturalmente la luz, no le cerrarían las ventanas tan diligentemente los que abrazan el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envía la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos.

Y no contradice á esto el uso de las personas que ahora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día ². Ante esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual, ya por nuestros pecados

¹ Hoy los pronombres personales átonos nunca se anteponen al infinitivo sino que se le posponen enclíticos. (V. BELLO *Gram.* § 915). Fray Luis de Granada dice que nadie sea osado á la despertar (Guía de pec. l. 16. § 1 B. AA. EE. VI, 61 a). Solo como provincialismo se conserva la costumbre arcaica; en Asturias, por ejemplo, se puede decir: *hay que lo dejar, tengo que os contar.*

² Este es antiguo defecto español atestiguado por algunos extranjeros; el barón alemán Conrado de Bemelberg que para perfeccionarse en el castellano viajó por España ocho años después de muerto Fray Luis, escribe en una carta, fecha en Agosto de 1599, dando cuenta á su padre de lo que le parecía nuestra tierra: «quien en España quiere negociar, más que ordinaria paciencia ha de tener, pues á mediodía tienen costumbre levantarse, y después de levantados ir á la misa, acabada la cual se meten á comer, y después de la comida, ó á jugar ó á dormir ó pasearse á caballo por las calles.»

ó por sus pecados de ellos mismos ¹, hacen honra y estado ², y ponen parte de su grandeza en no guardar ni aun en esto el concierto que Dios les pone. Castigaba bien una persona, que yo conocí, esta torpeza, y nombrábala con su merecido vocablo. Y aunque es tan vil como lo es el hecho, darme vuestra merced ³ licencia para que lo ponga aquí, porque es palabra que cuadra. Así que, cuando le decía alguno que era estado en los señores este dormir, solía él responder que se erraba la letra ⁴, y que por decir *establo* decían *estado*. Y ello á la verdad es así, que aquel desconcierto de vida tiene principio y nasce de otro mayor desconcierto, que está en el alma y es causa él también y principio de muchos otros desconciertos torpes y feos. Porque la sangre y los demás humores del cuerpo, con el calor del día y del sueño encendidos demasíadamente y dañados, no solamente corrompen la salud, mas también aficionan é inficionan el corazón feamente. Y es cosa digna de admira-

¹ En *sus pecados de ellos* no es *de ellos* un inútil pleonasma, sino que está exigido por la vaguedad del *su* que no determina si el poseedor es masculino ó femenino, ni singular ó plural. Hoy esta doble indicación del posesivo no se conserva sino cuando el poseedor es *usted*: *su padre de usted, su casa de usted*.

² Nótese la frase, no registrada en los Diccionarios: *hacer honra y estado de una cosa*, fundar en ella su condición y su dignidad.

³ *Vuestra merced* se dirige á Doña María Varela Osorio, á la cual dedicó su obra Fray Luis de León.

⁴ *Errar la letra* es frase figurada; tómase en sentido propio «equivocarse en la lectura», cuando se trata de algún documento escrito, sobre cuya lección ó interpretación se discute. Estos juegos de palabra hoy nos parecen de muy dudoso gusto, pero eran muy del de los siglos de oro de nuestra literatura. En la *Celestina* (acto IX) hay uno semejante hablando de las veces que se debe beber: «Madre, pues *tres* veces dicen que es lo bueno y honesto todos los que escribieron. — Hijo, estará corruta la letra: por *trece, tres*.»

ción que, siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto sólo se olvidan dél, y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana.

Porque entonces la luz, como viene después de las tinieblas y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría, y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), ¹ y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente? y las flores y las yerbas y el campo, todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza ² y como alarde de sus mejores riquezas; así los animales y la tierra y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol se alegran, y como para recibirle, se hermocean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los

¹ Homero calificó á la Aurora de *dedos de rosa* y según él todos los poetas clásicos; Ovidio llámala *rosea dea* (*Ars. am.* III. 84). Claro es que en el renacimiento esta denominación era un lugar común, Cervantes la llamó *rosada aurora* (*Quijote* I. 2).

² *Hacer plaza* no está registrado en los diccionarios con el sentido que aquí tiene de «hacer ostentación». Sólo se le apunta el significado de «sacar á la plaza ó publicar una cosa».

hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas; porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos, porque la vista se deleita con el nascer de la luz y con la figura ¹ del aire y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las yerbas despiden de sí es olor suavísimo; pues el fresco del aire de entonces templá con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cría salud y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos antes que se ahogue en los negocios del día.

Pero, si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor dellas, que aun del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar, vuestra merced que es hija de luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al Dador de la luz, ofresciéndole con santas y agradescidas palabras su corazón, y después de hecho esto, y de haber gozado del gusto del nuevo día, vuelta á las cosas de su casa, entienda en su oficio.

¹ *Figura* dice la edición de Salamanca 1586, pero debe ser errata.

EL P. JUAN DE MARIANA (1536-1623)

Su *Historia de España* latina salió á luz por primera vez en Toledo en 1592; en la misma ciudad se publicó la primera edición romanceada en 1601.

La historiografía contaba ya en España con diestros investigadores, que habían rectificado multitud de errores de la historia tradicional mediante el estudio crítico de crónicas, diplomas, inscripciones, etc.; tales eran Garibay, Ambrosio de Morales, Zurita. Mariana no se sentía inclinado á estas tareas, pues las suyas habituales eran las del teólogo y moralista; sólo como ocupación accesoria se dedicó á componer la *Historia de España*. Así que no se propuso continuar los estudios especiales en averiguación de la verdad, sino que contentándose con lo hecho por otros, como en sus obras echaba de menos el arte de la narración, no aspiraba sino á *poner en orden y estilo lo que otros habían recogido*. Su única preocupación fué, pues, la narración agradable; escoge en las diversas fuentes que maneja la versión de los hechos que buenamente le parece más verdadera, y luego, la expone sin reparo crítico alguno; sucediendo más de una vez que la hermosura de un relato fabuloso le atrae y obliga á acogerlo sin expresar la menor duda, pues lo que él pretendía era hacer, más que una historia averiguada, una historia literaria y nacional, de la cual nada bello y nada heroico debía ser excluído. Ciertamente que consiguió tal propósito; su obra es hasta ahora el más digno monumento